

Las emociones ya no tienen forma de corazón.



LAS EMOCIONES YA NO TIENEN FORMA DE CORAZÓN

Dácil J. Baute Hidalgo

María de la Cruz Pérez Bethencourt

Deja que la gente viva en tu corazón, cabe tanta gente como quieras.

Los niños y niñas explican sus cosas y los demás comparten sus sentimientos.

Cuando la gente escucha de verdad, vive para siempre en tu corazón.

Toshiro Kanamori

(Profesor de una escuela pública en Japón)

En una ocasión, una profesora de religión de Educación Secundaria se acercó a nosotras con gesto de asombro al terminar un taller y nos dijo: “Me he emocionado. Acabo de entender por qué los alumnos y alumnas

de Bachillerato, después de haber estado con ellos durante toda la ESO, se acercan y me dicen: ¡echamos de menos tu asignatura! Acabo de entender que no es por el contenido en sí mismo, sino porque nuestras clases se convertían en un espacio para hablar y conversar sobre lo que pensábamos y sentíamos; un espacio para comunicarnos y conocernos, para encontrarnos de verdad, para encontrarnos en nuestra emoción”.

Esta afirmación —además de provocarnos una mezcla maravillosa de emociones— nos dio mucho que pensar y recapacitar. Nos hizo intuir que los jóvenes, y también los más pequeños, necesitan tener espacios para poder conversar sobre sus cosas; tener un paréntesis entre tanto contenido, currículum y

evaluaciones, para encontrarse con los demás y, en ese encuentro, construir nuevas relaciones, encontrar nuevos significados a aquello que les pasa, nuevas experiencias. Este aprendizaje es inevitable en la Escuela y nosotros participamos de él. Mucha es la bibliografía que existe al respecto desde que se empezó a hablar de las Inteligencias Múltiples (Gardner, 1987), en particular la Inteligencia Emocional (Goleman, 1995). Este último autor ha dedicado muchos esfuerzos a desarrollar este concepto, sobre el que podemos encontrar amplia información en Internet. Nosotras queremos destacar la labor de muchos docentes que realizan prácticas coherentes con esta idea en sus aulas, desde el anonimato, al amparo de los curiosos y chispeantes corazones de los niños y niñas y de sus familias, incluso mucho antes de que formara parte del currículum. Esto es esperanzador.

Somos en relación con los otros



Los niños y las niñas y también los maestros y maestras pasan muchas horas en la escuela. Es imposible dejar nuestros pensamientos, actitudes, creencias, expectativas y emociones fuera; es imposible no encontrarlos

por el pasillo, entre los números de las multiplicaciones, entre las letras de las lecturas, en las miradas de los recreos. Aunque intentemos hacerlos enmudecer de ocho a dos, no lo conseguiremos porque es imposible separarnos de nuestra condición humana: somos muchas cosas y “somos” en continua relación con el otro. Esta complejidad del ser humano y también del contexto en el que vivimos se cuele en la escuela y, por tanto, la educación debe abordar todo el conjun-



to desde un lugar en el que la complejidad, la incertidumbre, lo relacional, lo local y lo macrosocial, la persona y el contexto, tengan su espacio sin poner el acento en alguno de los dos polos de la relación, sino en el “entre” (Baeza, 2014).

Y ahora... ahora tenemos incluso un espacio en el horario escolar para poner a las emociones sobre el pupitre y, por fin, podemos declarar que las [emociones] hemos rescatado de su secuestro (Toro, 2005) y se le ha dado un lugar en el aula y en el tiempo; un espacio para conversar, descubrir, imaginar, dibujar, explorar y teñir del color del corazón todo lo que nos pase, todo lo que deseemos. Ahora eso sí... ¿de qué manera lo hacemos?, ¿cómo lo trabajamos en un horario y un lugar “asignado”?, ¿qué forma tienen las emociones?, ¿de qué color son?, ¿cómo las “enseñamos” si es que es eso lo que hay que hacer?, ¿cómo lo vamos a evaluar?... Son muchas las dudas e inquietudes que surgen y muchas las opiniones al respecto. Las emociones ya están sobre la mesa y ya tienen su espacio, pero siguen siendo invisibles para nuestros ojos, así que... ¿cómo hacemos visible lo invisible? (Baute, 2011).

Toshiro Kanamori, un profesor japonés muy especial que creía de todo corazón que la escuela era para hacer feliz a los niños y niñas, lo tenía claro: “los niños y niñas explican sus cosas y los demás compar-

ten sus sentimientos”. La emoción se crea y se construye y, por tanto, se entiende, se conoce, se gestiona, se disuelve, se engrandece... en ese espacio que se encuentra entre las personas cuando nos comunicamos, cuando nos contamos nuestras cosas, cuando compartimos nuestros pensamientos y sentimientos; justo el espacio que acoge ese momento mágico formado con la red entrelazada por el hilo invisible de las palabras, por la mágica luz de las

miradas, por el eco sordo de cada gesto y movimiento. ¿Cómo creamos esos espacios en las aulas?, ¿cómo le damos forma y color a aquello que es invisible?, ¿tenemos los docentes superpoderes para apresar todo esto?, ¿podemos trascender de las palabras y ver qué hay tras ellas?, ¿existe algún dispositivo que nos permita captar y medir las emociones?, ¿existe algún cañón proyector que pueda mostrar los pensamientos y los significados que están dentro de esas cabecitas en incansable movimiento?, ¿se ha descubierto la ecuación matemática que desvela el resultado que se da tras la suma de la mirada de un niño más la del otro, dividido por la relación que se establece entre ambos?...

Cómo “ver” las emociones

Los que nos dedicamos a la educación sabemos que no existe tal dispositivo electrónico, ni ese cañón de proyección mágico, ni la gran esperada ecuación matemática para aprehender las relaciones personales. Pero no debemos desesperar. Cuando miramos el mundo de las aulas, los pasillos y los recreos con una mirada diferente, una mirada que atiende a lo que sucede en las relaciones, las palabras que van de un lado al otro y lo que se mueve entre ellas... nos colocamos unas gafas invisibles que hacen presente ese

contenido etéreo tan potente como son las relaciones y las emociones. Sólo necesitamos darles un espacio para observar. Sabemos que están ahí, que son fuerzas poderosas que se generan y se transforman, dando significado a los aprendizajes y a la construcción de la identidad de las personas que estamos formando.

Y si además, nos adentramos en el imparable mundo de las nuevas formas de relación a través de las redes sociales tan utilizadas por los jóvenes y que forman parte de la vida de los alumnos y alumnas fuera y dentro de los centros educativos, podemos observar todo un mundo ante nosotros. Se trata de unas verdaderas tecnologías de relación, generadoras de nuevos significados, nuevas identidades y nuevas formas de construir la emoción (Torné Novel et al., 2008). Este equipo de investigadores, en una investigación con jóvenes, muestra una visión social construida de las emociones como producciones lingüísticas que se articulan y emergen en un contexto de interacción, lo que hace surgir nuevas categorías emocionales diferentes a las clasificaciones clásicas de las emociones. Definir la emoción desde esta perspectiva es entender que la emoción cambia totalmente su significado: es social y socialmente construida, precisa de la interacción entre personas, es un proceso, es una práctica discursiva y es constructora de identidades (Torné Novel, et al., 2008).

Volviendo a las gafas que hacen visible lo invisible, la decisión de utilizarlas en

nuestro ejercicio docente necesariamente conllevaría vivir nuestro día a día de una manera diferente, donde cada minuto, cada tarea, cada acontecimiento formaría parte de la construcción de un significado diferente, de una escuela diferente; una escuela con corazón (Toro, 2005), una escuela con alegría (Beltrán, 2002), que posibilitara un desarrollo más integral del alum-

nado en todas sus capacidades, talentos y necesidades, más aún en las difíciles circunstancias del mundo educativo actual. Son muchos los maestros y maestras que ya eligen cada día ponerse sus gafas y participar también de esos procesos tan ricos en matices, que ponen emoción y dan valor al aprendizaje.

La perspectiva que nos dan estas gafas nos permite estar en las aulas de una manera diferente, de relacionarnos con los demás (alumnado, familias, compañeros/as...), contemplando también nuestras propias emociones como parte de las relaciones que establecemos con los demás. Se trata de una "forma de estar en las aulas" que nos guía en el territorio de las emociones sin sentirnos perdidos, desde la naturalidad del camino andado paso a paso y de la conversación con los compañeros y compañeras de viaje. Así podemos articular un trabajo coherente, sistemático y a la vez intuitivo, que garantice la correcta atención de estas dimensiones fundamentales de las personas y de su aprendizaje. Esas gafas que nos hacen poner la mirada allí donde están las emociones y nos permiten crear espacios para poder atenderlas, comprenderlas, gestionarlas, construirlas... Estas gafas hacen visible el

hilo invisible de las palabras, la luz mágica de las miradas, el eco sordo de los movimientos...

Así que... ¡qué descubrimiento! Las emociones no están dentro de las personas, en sus corazones, en sus mentes, en sus almas o donde las queramos colocar... sino fuera, entre las palabras que tejen las conversaciones.



Las emociones son construcciones sociales. Esta idea viene de la filosofía del Construccinismo Social que afirma que todo lo que consideramos real ha sido construido socialmente, o lo que es más radical, nada es real hasta que la gente no se pone de acuerdo en lo que es (Gergen, 2011), incluidas las emociones. Sus significados son consensuados en cada una de estas

conversaciones locales, inmediatas, efímeras que se tejen y destejen en cada instante, y también están influenciadas por significados heredados de lo macrosocial, de la cultura, de la historia de nuestra comunidad y nuestra sociedad. Esos significados compartidos le dan sentido y “realidad” a las emociones, y aunque se manifiesten a través de las lágrimas que brotan en los ojos, o los gritos de nuestra voz o los puños cerrados con fuerza de nuestras manos, el significado de todo ello viene de fuera, de ese espacio mágico formado entre personas. Las emociones no están en el corazón, sino en las palabras y sus significados.

Construimos nuestras emociones en la relación con el otro. Esta visión es esperanzadora ya que podemos participar en la construcción de la realidad que deseamos. Solo necesitamos espacio, tiempo y personas que quieran conversar: las aulas, la asignatura en el currículum y los niños y las niñas, así que... retornamos a la misma pregunta: ¿cómo construimos esos espacios en el aula? “Construir” es la palabra clave. Creemos un espacio para construir, no para enseñar. En cuestión de emociones, no se puede enseñar a los niños y las niñas cómo sentir dentro y fuera de la escuela. Tenemos que partir del lugar donde ellos y ellas están y es por eso que se puede construir el significado de cada uno de los contenidos de la asignatura “Educación emocional y para la creatividad” con la materia prima que ellos y ellas ya traen consigo. Lo que es único y extraordinario es lo que va a ocurrir cuando toda esa materia prima se mezcle con la magia de las palabras: aquí está la verdadera construcción de algo nuevo, del verdadero aprendizaje. Y este aprendizaje no solo se va a producir gracias a los fantásticos y creativos resultados que se puedan obtener, sino gracias al proceso vivido para obtenerlos. Nada tiene desperdicio en este quehacer. Este proceso, estas vivencias y experiencias van a ser lo difícilmente evaluable, porque es algo invisible,

efímero... pero a la vez, profundo y significativo. Así que, para “construir” ese espacio lleno de contenidos hechos con materia viva y procesos invisibles, nos hacemos las preguntas siguientes: ¿qué creen los niños y las niñas que son las emociones?, ¿cómo las experimentan cada día?, ¿qué dicen sus papás y mamás al

respecto y también sus amigos y amigas y otros familiares?, ¿cuáles son las situaciones cotidianas donde aparecen?, ¿qué hacen con ellas?... y ... ¿cómo podemos pasar de los pensamientos y emociones individuales a las grupales?, ¿cómo vamos de lo individual a lo colectivo?, ¿cómo construimos algo todos juntos?



Aquí está la clave, la diferencia que marca una verdadera diferencia: el diálogo, el compartir, la escucha, el respeto y la comprensión serán los ingredientes esenciales de esos procesos.

Pero... ¿cómo podemos trabajar las emociones dentro de un horario establecido?, ¿cómo manejamos una verdadera transversalidad en este tema? ¿quién y cuándo debe abordar las emociones? En muchas ocasiones nos parece que si las atendemos en cualquier momento del horario escolar, frenamos el ritmo de la clase, perdemos un tiempo precioso, corremos el riesgo de no acabar con el temario, que le estamos dando importancia a temas menores y corremos el riesgo de que sea un río imparable de emociones el que se nos cuele por la puerta. Tenemos a la sensación de que realmente no estamos cumpliendo con nuestro cometido. Sin embargo, a veces “lo que parece el camino más largo resulta el más corto” (Faber y Mazlish, 2002 pag.30), y nos sale más a cuenta dedicar unos minutos ocupándonos de los sentimientos de los/las alumnos/as, que dejar que éstos/as se conviertan en un obstáculo que devora el valioso tiempo de la sesión de clase. Junto a este motivo puramente procedimen-

tal de gestión del tiempo para la planificación de las sesiones de clase, encontramos el motivo más pedagógico: estamos trabajando el manejo de las emociones, la resolución de conflictos, la gestión de la convivencia... de manera transversal, en cada instante de nuestro precioso tiempo en clase. Cuanto más accesible y normalizado sea el trabajo de las emociones en clase, más fructífero, rico, eficaz y valioso será el tiempo que se le dedique al área o materia en sí, ya que los y las discentes mostrarán una actitud más positiva para recibir las enseñanzas y construir sus aprendizajes. En palabras de Jean-Jacques Rousseau: "En educación, más importante que ganar tiempo es, precisamente, perderlo".

Y la pregunta ineludible es: ¿cómo atendemos las emociones en cualquier momento de la clase? Sin ánimo de dar recetas, destacamos una actitud clave para este objetivo: el convencimiento profundo del/a docente de que todas las emociones, sean estas cuales sean, independientemente de que compartamos o comprendamos la emoción, nos parezca justa, estemos de acuerdo o sintamos empatía hacia la otra persona.

¿Cómo vamos a comprender el desespero, desasosiego y desesperanza de un chico cuya novia conocida a través de las redes sociales hace tan solo una semana, le acaba de dejar, también a de forma virtual y a la que no ha visto nunca en persona?

Todas las personas, incluidos los niños y niñas y los/as adolescentes, tienen derecho a sentirse como se sienten (lo que no quiere decir "actuar como quieren"), y ¡ellas deben saberlo! ¿Cómo? Diciéndoselo, validando sus emociones, hablando de ellas. Todas las personas deben saber que nosotros respetamos esa emoción porque eso significa que estamos presentes con ellas, que les escuchamos, que les respetamos en todo su ser. Eso conformará la base para que sientan que somos personas significativas para ellas y que, por tanto, vale la pena escucharnos: si nosotros/as estamos presentes, ellas también lo estarán; si ellas son significativas para nosotros/as, nosotros/as para ellas también.

Así que las emociones son algo más que lo que sentimos. Son lazos invisibles que nos unen y nos hacen igual de sensibles y fuertes, y nos convierten en significativos para los demás. Al permitirnos hablar de ellas, construimos un espacio "real" y verdadero porque es compartido y experimentado por todos y todas; el espacio que echaba de menos el alumnado de la compañera que abría nuestro artículo, y que muchos de nosotros esperamos ver en nuestros centros.

Es la emoción compartida, experimentada y construida entre todas las personas que están en la Escuela, la que ayudará a tener la sensación de que, por fin, compartimos el mismo mundo educativo: el de las personas en toda su integridad, el de las emociones, ya no con forma de corazón, sino con forma de palabras, miradas y gestos, entretejidas y dibujadas en el aire.

Bibliografía

- Baeza, S. Miradas transdisciplinarias en educación. (2014), Sistemas familiares y otros sistemas humanos, (1) 22-39.
- Baute Hildago, D. J. (2011), Observando lo invisible. El enfoque Sistémico Narrativo como herramienta para trabajar las emociones en el aula. Revista Oroval del CEP Valle de La Orotava, (16) 40-43.
- Carreté, Beltrán, M. (2002), La escuela de la Alegría (libro electrónico). Consultado el 11/01/2015: <http://www.laescueladelaalegria.org/>
- Faber, A. y Mazlish, E. (2002), "Cómo hablar para que sus hijos estudien en casa y en el colegio". Barcelona: Ed. Medici.
- Gardner, H. (1983), "Inteligencias múltiples". Barcelona: Ed. Paidós,
- Gergen, K. y Gergen, M. (2011), "Reflexiones sobre la construcción social". Madrid: Ed. Paidós.
- Goleman, D. (1996), "Inteligencia emocional". Barcelona: Ed. Kairós.
- Torné, M. Olivé, S. Gil, A. Seguí, J (2007-2008), Dinámicas de Consumo Afectivo de las Tecnologías de Relación. Revista on-line Teknokultura, (7) 1-26. Consultada el 11/01/2015: <http://teknokultura.rrp.upr.edu/pdf/novell.pdf>
- Toro, José María (2005), Educar con "corazón". Bilbao: Ed. Desclée de Brouwer.
- Documental "Pensando en los demás": http://www.dailymotion.com/video/xd05vn_pensando-en-los-demas-1-toshiro-kan_news#rel-page-1

Autoras:

Dácil J. Baute Hidalgo; María de la Cruz Pérez Bethencourt)

Psicólogas del CENTRO DE ACTIVIDADES PSICOPEDAGÓGICAS, DE FORMACIÓN Y RECREATIVAS Garoé Sur.



